

DISCURSO DE CONTESTACION
DEL
ILMO. SR. D. FRANCISCO JAVIER DIEZ DE REVENGA



Señores Académicos,

Señoras y Señores:

Por cuarta vez se me designa para que realice el Discurso de Contestación y dé la bienvenida, en nombre de la Academia Alfonso X el Sabio, a un nuevo académico. Si en las anteriores ocasiones recibí a un poeta, un medievalista y un geógrafo, ahora me corresponde hacerlo con un jurista. Se observará que cualquiera de las cuatro especialidades se aleja de la mía de filólogo, pero todas en conjunto ponen de manifiesto la verdad y el sentido de esta entrañable corporación murciana, que reúne en su seno a estudiosos y creadores de diversas parcelas de nuestro saber y crear, unidos todos por un mismo afán de conocer y dar a conocer mejor nuestra región, fines prioritarios de esta ilustre corporación.

Recibimos hoy al doctor don Alfredo Montoya Melgar, catedrático de Derecho del Trabajo de la Universidad de Murcia y autor de una estimable obra narrativa, especializada en el difícil género breve de gran tradición en nuestra literatura, el cuento. Su prestigio profesional, consolidado desde la juventud, le ha convertido en una de las figuras más destacadas de nuestra Facultad de Derecho, de la que ha sido, hace ya algunos años, Decano. Formado en la Universidad de Sevilla junto al profesor Alonso Olea, obtuvo importantes premios como el García Oviedo o el San Raimundo de Peñafort de aquella Facultad andaluza, para culminar su carrera académica con el Premio Extraordinario de Doctorado. Los sucesivos logros en oposiciones estatales (Interventor de Empresas del I.N.P., Inspector Técnico de Trabajo) y su colaboración, ya en la Universidad de Madrid, en diferentes puestos docentes, culminan con la obtención de la Cátedra de Derecho del Trabajo de nuestra Universidad en 1969, a los muy pocos años de haber finalizado sus estudios académicos.

A partir de esa fecha, su carrera profesional se inicia con asistencias a congresos y a simposios nacionales e internacionales de la especialidad, que han permitido que los estudios del Profesor Montoya Melgar sean conocidos



en foros internacionales diversos desde Estocolmo a Varsovia, desde Brindisi a Munich o a Washington. Conocida es la vinculación del ilustre jurista a numerosas universidades y asociaciones de derecho laboral latinoamericanas, en cuyas reuniones científicas participa con asiduidad. También, en el ámbito profesional de nuestra región ha sido reconocido su prestigio, tanto desde el punto de vista institucional (Montoya es uno de los más antiguos académicos de la Real de Legislación y de Jurisprudencia de Murcia) como desde el punto de vista técnico al ser fundador y presidente de la Asociación de Derecho del Trabajo de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia.

Como es natural, en tan infatigable profesor e investigador, una importante y nutrida obra publicada forma la bibliografía del doctor Montoya Melgar, en la que destacan su *Derecho del Trabajo*, que ha conocido ocho ediciones y tres reimpresiones, y su *Jurisdicción y Administración de Trabajo*, que obtuvo el Premio Nacional Eduardo Dato.

Se me va a permitir que no mencione más títulos y honores profesionales del Dr. Montoya, para poder glosar, aunque sea brevemente, la obra literaria de Alfredo Montoya. No descubro nada especial si destaco en primer lugar su vinculación, desde su llegada a Murcia, al mundo de las letras. La amistad con Miguel Espinosa, de una de cuyas novelas, *La tribada falsaria*, es personaje complejo en un mundo novelesco simbólico; su frecuente presencia en ese modelo murciano de tertulia literaria que es la esquina, practicado por tantos de nosotros; sus relaciones con muchos escritores murcianos actuales, hacen que Alfredo Montoya pertenezca de lleno a la actual movida literaria en Murcia. Creo que fui el primero en publicar una colaboración literaria del nuevo académico cuando en *Monteagudo*, revista entonces de la Cátedra Saavedra Fajardo, el *Monteagudo* en su etapa «histórica», en 1978, se publicó «De ornitología», un brevísimo estudio de literatura y pájaros, en el que los nombres de Salinas y Guillén, Keats y Schopenhauer, servían al nuevo ensayista para crear unas bellas páginas que aparecieron en aquella entrañable revista dedicadas a sus tíos Pilar y Rafael Lapesa Melgar, el ilustre filólogo, hoy Director de la Real Academia Española. Seguirían después cuentos tan valiosos como «El regreso», «El psiquiatra y la samaritana», «El que hablaba a Dios», «Nombres», «Hombre que cae cantando», etc., etc., que aparecieron en los números siguientes hasta terminar en 1983 con «Tres variaciones sobre el fin del mundo», final de una etapa que se habría de continuar en la nueva versión de tal revista de la Universidad. Un género, el cuento literario, cuyo máximo creador en nuestro siglo XIX fue otro Catedrático universitario de Derecho (Leopoldo Alas, Clarín), se convertía así en la difícil especialidad literaria del nuevo académico, que pronto sería reconocida entre nosotros. Así, en el primer



volumen de *Narradores murcianos*, reunidos por Jiménez Madrid en 1983 para la Editora Regional, ya figuró un cuento de nuestro nuevo compañero, titulado «Mors cum laude», impresionante relato que el prologuista de la colección, uno de los primeros especialistas en tal género literario, Mariano Baquero Goyanes, destacó entre los restantes por su condición de «cuento-situación», especie que demuestra uno de los supuestos teóricos más firmemente defendidos por el ilustre crítico desde los tiempos de su libro argentino *Qué es el cuento*: la independencia de éste respecto a la novela larga y la imposibilidad de que un cuento como «Mors cum laude» de Alfredo Montoya se convierta en una narración extensa, lo que indudablemente probaba la entidad genérica de la creación ofrecida por nuestro nuevo académico en la citada colección cuentística.

Hasta el presente, la dedicación narrativa de Montoya ha dado como fruto un interesante libro, que, al contrario de lo que suele ocurrir en estos casos, se halla compuesto de creaciones inéditas. Se trata de *El panamá y otros cuentos*, publicado por la Editora Regional en 1986 y que ha confirmado la capacidad de fabulación de su autor y la multiplicidad de ambientes y escenarios que venía caracterizando su cuentística. Sin lugar a dudas, experiencias del autor, viajero por profesión y por afición, permiten imaginar sobre terreno conocido. Pero además están los argumentos, las pequeñas ficciones sugeridas, dentro de la tradición más rica del cuento literario español, por objetos, por sencillos personajes, por detalles muchas veces insignificantes. Pequeñas historias que se complican rápidamente y rápidamente llegan a su fin y a su conclusión, muchas veces, casi siempre, inesperada, sorprendente e insólita. Es lo que ocurre en el mejor cuento de la colección, el que le abre y le da título, donde un sombrero (un panamá) es el protagonista involuntario de una historia singular. Esperemos que la trayectoria abierta por este libro tenga la continuación generosa y lograda que tuvieron los primeros éxitos de la carrera universitaria de nuestro académico.

Para ingresar en la Academia Alfonso X el Sabio, Alfredo Montoya ha realizado un trabajo de investigación que, sin alejarse demasiado de su parcela profesional, le permitiese realizar una aportación a la cultura murciana y al mismo tiempo se relacionase con la literatura, en este caso la literatura española de nuestro siglo de oro. Un tema como el que hemos oído desarrollar, *Trabajo, ocio y oficios en las «Empresas» de Saavedra Fajardo*, cumple plenamente con los objetivos propuestos y la estructuración y desenvolvimiento del mismo, llevada a cabo sobre una lectura exhaustiva de la obra maestra de nuestro Saavedra Fajardo, viene a completar un sector dentro de la bibliografía, hoy tan amplia, de nuestro primer ingenio barroco. Saavedra había sido analizado desde múltiples ángulos, tal y como traté



de demostrar en mi bibliografía, publicada por esta Academia en 1977. Posteriormente, y sobre todo en 1984, cuando nuestra institución, con motivo del centenario, publicó magna edición facsimilar de las *Empresas*, volvieron a revisarse y plantearse nuevas parcelas de la singular figura de nuestro siglo de oro, completando aspectos, incluso algunos de orden filosófico y jurídico. La especial condición como escritor de Saavedra, diplomático, jurista, filósofo, poeta, teórico y crítico literario, ha permitido que la llama del saavedrismo no se extinga tan fácilmente, por más difícil que hoy nos pueda parecer el escritor, desde una perspectiva actual. Esta Academia, que convocó un concurso en los años cincuenta para conmemorar el otro centenario, y que ha publicado tantos trabajos sobre nuestro autor, junto al *Monteagudo* en su etapa «histórica», que para eso se anunciaba como publicación de la Cátedra Saavedra Fajardo, saben mucho de la dedicación a don Diego y del interés de varias generaciones de investigadores por su figura. Por ello, el trabajo que ahora nos ha expuesto Alfredo Montoya, que ofrece una perspectiva tan original, fructificará en esta institución porque cae en terreno muy abonado. El hecho de que a nuestro diplomático esté dedicado el discurso de ingreso del nuevo académico, es otra feliz coincidencia, si hemos de recordar que la primera vez que tuvo lugar este acto en nuestra Academia por precepto estatutario, coincidió con el discurso de ingreso de Mariano Baquero Goyanes, que versó precisamente sobre nuestro autor enfocado desde la especialidad crítica del entonces nuevo académico, que ofrecía así a esta institución su *Visualidad y perspectivismo en las «Empresas» de Saavedra Fajardo*, uno de los pocos estudios estrictamente literarios que sobre nuestro autor se han hecho.

Nuevamente, don Diego acompaña a un Académico en su ingreso en nuestra corporación. Así lo ha querido Alfredo Montoya como homenaje a quien compartió la sabiduría jurídica con la literaria, la obra de pensamiento con la obra de creación. La Academia, y yo en su nombre, le recibe con el afecto y la cordialidad que son tradicionales entre nosotros, en la confianza de que su dedicación a esta casa dé los frutos que se promete, y nos promete, en sus palabras preliminares. Sea, pues, en buena hora y bienvenido a la Academia Alfonso X el Sabio de Murcia el doctor don Alfredo Montoya Melgar.

